

# Nietzsche: creación y sacrificio

Rebeca Maldonado

*Y yo soy quien te obliga a caminar;  
yo quien siembra las semillas de tus pasos.  
Y yo soy quien piensa, habla por ti, busca y marca  
el ritmo; porque yo soy escritura y tu herida.*

Edmund Jabés

## I

**E**n el trabajo genealógico de Nietzsche advertimos al menos dos momentos para una historia de la crueldad. Ambos constituyen a su vez dos momentos de la interpretación del sufrimiento y de la crueldad habidos, a su juicio, hasta ahora. El primero, aquella larga historia de la crueldad en la que se hacía pagar con sangre la falta cometida, un robo con la amputación de una mano, una falta mayor con la mujer o la propia vida.<sup>1</sup>

Esta larga prehistoria de la crueldad a la vez que permitió al ser humano crear metas y sentidos, volviéndolo un “ser al que le es lícito hacer promesas”, impidió el desarrollo del sentimiento de culpa. Parece ser que aquella ingente materialización de la crueldad en la carne y en el cuerpo del deudor es, justo, el proceso inverso al del surgimiento del sentimiento de culpa.<sup>2</sup>

El segundo momento es el de la interiorización y espiritualización de la crueldad, el momento de la sistematización del sufrimiento, el de la ubicación de la falta en uno mismo, y en consecuencia, el de encontrar en el sentimiento de culpa, de castigo, de temor, el medio de expiación de la pena. A partir de ese momento, que coincide ya con la historia del cristianismo, ocurre una nueva interpretación del sufrimiento: el ser humano se volvió “rico en cámaras de tortura”.<sup>3</sup> Se volvió un ser sufriente, que se regodea en el fracaso, la

<sup>1</sup> En este sentido menciona Nietzsche: “El ‘derecho’ [...] apareció —entonces— con violencia [...]” y añade “todo paso aún el más pequeño, dado en la tierra fue conquistado en otro tiempo con suplicios espirituales y corporales: [...] no sólo el avanzar, ¡no! el solo caminar: el moverse, el cambio han necesitado sus innumerables mártires” (Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza, 1981, p. 132).

<sup>2</sup> Literalmente escribe Nietzsche, “el desarrollo del sentimiento de culpa fue bloqueado de la manera más enérgica cabalmente por la pena” (F. Nietzsche, *op. cit.*, p. 93).

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 164.

atrofia, el dolor, que ve en su decadencia virtud y, en la decadencia, el camino de ascensión a los cielos. Todo lo cual, sin duda, contribuye a la hospitalización de la Tierra, a la existencia de víctimas y victimarios, cielo e infierno. Y, sin embargo, mientras que el creyente ha empuñado un sentido, el de la otra vida, emerge en nuestra sociedad terapéutica la tentativa de extirpar todo dolor o sufrimiento.

Pues bien, ambos fenómenos sólo son aparentemente antitéticos; pues, desde la perspectiva nietzscheana, tanto la defensa unilateral del sufrimiento, en cuanto sinónimo exacto del sentimiento de culpa, como el deseo de una felicidad, anodina, sin penas y sin sobresaltos, son resultado de aquella meta que ha marcado el destino moral de Occidente: el “cegamiento de la fuente de las fuerzas”. Lo que significó el apoderamiento del cuerpo como instancia de posibilidad del gozo y del dolor, y en esta misma medida, de poder. En suma, lo que la religión judeocristiana logra es la separación o enajenación del individuo con respecto a aquello que para Nietzsche conforma lo más propio del ser cuerpo: “crear por encima de sí mismo y por eso perece”.<sup>4</sup>

Si a nosotros nos corresponde encontrar un sentido más profundo de la autoinmolación y el sacrificio, y por consiguiente del dolor y del sufrimiento, es porque habitamos —como bien lo pensó Castoriadis— en una sociedad donde el hacer de los individuos se encuentra orientado por la maximización del consumo, del poder, del prestigio, porque vivimos en una sociedad que deviene de acuerdo a una lógica de banalización infinita, cuyo imperativo vital se resume en hacer dinero, consumir y gozar; porque vivimos en una sociedad donde cuerpos indiferentes y sin pasión, meros sacos de carne y huesos, incapaces de la vida-muerte, son también incapaces de aquel “eterno dolor de la parturienta”. En síntesis, porque los grandes sacrificios e inmolaciones resultan anatemas, dado que aquí y allá todo busca y quiere conservarse, podríamos nosotros pensar que a nuestra modernidad, como sociedad del conformismo universal, como sociedad indulgente y hedonista, tal y como la definiera Octavio Paz, le falta una comprensión más fértil del dolor, la autoinmolación y el sufrimiento. Contra aquel reblandecimiento general de la cultura y del individuo propio de la moral de los débiles, y finalmente de las fuerzas, se trata de pensar, asistidos por la filosofía de Nietzsche, el carácter múltiple, plural, creador, propios del dolor, y salir de la pobreza a la que conllevan una afirmación unilateral y unidireccional tanto del placer como del sufrimiento.

<sup>4</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza, 1985, p. 62.

## II

Sin duda alguna, el planteamiento general de esta perspectiva es que pensar es escuchar la ambigüedad de la vida, y que manifestar mediante el pensamiento dicha ambigüedad es no traicionar la eterna afirmación de todas las cosas: el amor y el odio, la muerte y la creación, lo alto y lo bajo, la felicidad y el dolor, el ser y el devenir. Este carácter rico y complejo de la vida, Nietzsche lo atribuye a Dioniso. Este dios, como dios que fue despedazado al nacer y cocido y vuelto a la vida por su abuela Rea, desde Schelling representa el autodesgarramiento interno de la naturaleza. Dioniso es un dios aniquilador del orden del ser, que además de transformar en delfines a los marineros que querían reducirlo a la esclavitud, sus seguidores, en las desenfadadas fiestas báquicas mostraban miembros desgarrados, descuartizaban criaturas vivas, mostraban gestos de un furor autodestructivo, danzas frenéticas que hacían perder el sentido. Dioniso es el dios de la disolución.<sup>5</sup> Es el dios del devenir. Nietzsche se considera el último discípulo e iniciado de ese dios, sin embargo, el sentido particular y propio que el filósofo otorga a Dioniso, y que es un sentido que va mucho más allá del otorgado en *El nacimiento de la tragedia*, se manifiesta en textos tan tardíos como *Más allá del bien y del mal*, *El crepúsculo de los ídolos* o *Ecce Homo*. Particularmente me referiré a un pasaje de *El crepúsculo de los ídolos* donde Nietzsche expresa a las claras y sin ambages el sentido y significado que en su filosofía tiene Dioniso:

En la doctrina de los misterios el *dolor* queda santificado: los “dolores de la parturienta” santifican el dolor en cuanto tal —todo devenir y crecer, todo lo que es una garantía del futuro *implica* dolor [...] Para que exista el placer del crear, para que la voluntad de vida se afirme eternamente a sí misma, *tiene* que existir también eternamente el “tormento de la parturienta” [...] Todo esto significa la palabra Dioniso: yo no conozco una simbólica más alta que esta simbólica *griega*.<sup>6</sup>

Para Nietzsche, todo el despliegue de la apariencia no es más que expresión de los miembros dispersos de ese dios, que “creando mundos se desembaraza —al igual que la parturienta— de las oposiciones y las antítesis por él acumuladas”.<sup>7</sup> Nietzsche es discípulo de ese dios antitético, y la verdad que por él puede ser concebida no puede ser sino antitética y contradictoria, múltiple y plural. Sólo el discípulo de Dioniso tiene “la auténtica unidad de medida” para soportar el carácter problemático, extraño y duro de la existencia.

<sup>5</sup> Cf. Manfred Frank, *El dios venidero*. Madrid, Ediciones del Serbal, 1994.

<sup>6</sup> F. Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid, Alianza, 1979, p. 135.

<sup>7</sup> F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*. Madrid, Alianza, 1992, p. 31.

Si Dioniso es la entraña, si no el manantial, de todo nuestro saber sobre amarguras y dulzuras, risas y lágrimas, es porque aquel dios expresa la índole fragmentada del mundo, esto es, su entraña problemática y contradictoria. El “genio del corazón”<sup>8</sup> —como llama Nietzsche a Dioniso— nos enseña a vivir bajo el rigor de su propia ley, alejando de nuestro oído “todo lo que es ruidoso y se complace en sí mismo”<sup>9</sup> y, sólo por eso, viene a recrear el sentido de la autoinmolación, del perecer y del sacrificio.

El “genio del corazón” dicta leyes, obliga al pensador a sajarse a sí mismo en carne viva, y por él nace la voz de Zaratustra, para quien todo decir es hacerse pedazos y su única voluntad es la de perecer.

Se trata de comprender el tenue hilo que ata al devenir y al perecer, el devenir de acuerdo a la propia ley, el cual nos hace no sólo víctimas, sino también victimarios. Esta conjunción o unidad entre víctima y victimario, juez y vengador, criatura y creador, parturienta y dolores de la parturienta, es el nuevo sentido que Nietzsche da al dolor y al sufrimiento. Dice Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*:

La disciplina del sufrimiento, del *gran* sufrimiento —¿no sabéis que únicamente esa disciplina es la que ha creado hasta ahora todas las elevaciones del hombre? [...] su inventiva y valentía en el soportar, perseverar, interpretar, aprovechar la desgracia, así como toda la profundidad, misterio, máscara, espíritu, argucia, grandeza que le han sido donados al alma: ¿no le han sido donados bajo sufrimientos, bajo la disciplina del gran sufrimiento? *Criatura y creador* están unidos en el hombre: en el hombre hay materia, fragmento, exceso, fango, basura, sinsentido, caos; pero en el hombre hay también un creador, un escultor, dureza de martillo, dioses-espectadores y séptimo día —¿entendéis esa antítesis? ¿Y que vuestra compasión se dirige a la “criatura en el hombre”, a aquello que tiene que ser configurado, quebrado, forjado, arrancado, quemado, abrasado, purificado, a aquello que necesariamente tiene que *sufrir* y que *debe* sufrir?<sup>10</sup>

Todo este texto merece ser explicado, merece una perspectiva de fundamentación en la que se recurra a ciertas ideas nietzscheanas en torno a la voluntad de poder. Veremos que, al dar apoyo a la perspectiva aludida en la cita, cobrarán una mayor determinación de sentido otros pasajes del texto nietzscheano y se dará relevancia y especificidad a un sentido fundamental de su

<sup>8</sup> F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Madrid, Alianza, 1986, p. 252.

<sup>9</sup> *Idem*.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 171-172.

pensamiento a mi juicio descuidado por cierta interpretación que considera a la voluntad de poder principio de justificación del dominio del otro o de la unilateralidad de la bestia rubia. Por el contrario, para Nietzsche, la fuerza creadora-destructora, y por eso altamente configuradora y conformadora es la voluntad de poder. Así entendida, la voluntad de poder es condicionante, es determinante. A decir de Nietzsche todas las cosas se encuentran sometidas a su yugo, a la única ley que el filósofo del eterno retorno reconoce, sometidas a “la universalidad e incondicionalidad presentes en toda voluntad de poder”.<sup>11</sup>

Ningún sentido, ningún significado, emana sin lo que aquí llamo el *pathos del sometimiento*. Ese *pathos* es lo más propio de lo viviente, pues el ser viviente, el pequeño como el grande, se entrega, expone y corre riesgos, por el poder (esto es, por superarse a sí mismo). La voluntad de poder, secreto e intimidad de todo lo viviente, no sólo es la fuerza de mando, sino también de obediencia. De ahí que Nietzsche al preguntarse en *Así habló Zaratustra* “¿qué es lo que induce al viviente a obedecer y a mandar y a ejercer obediencia aún cuando manda? —se contesta— en todos los lugares donde encontré seres vivos, encontré voluntad de poder”.<sup>12</sup>

Para que exista el amo y el esclavo no es necesario mediación ni dialéctica entre ambas figuras. Desde la óptica nietzscheana la vida es fuerza, avasallamiento, inundación, mando y, en esa misma medida, obediencia y sometimiento. No hay en ella un sí que no suponga un no, no hay en lo real nada que verdaderamente se afirme sin la muerte. Por lo tanto, la voluntad de poder, a la vez que principio de caducidad, es principio de nacimiento. A la vez que principio de dolor es de alegría, a la vez que de mando, de obediencia. Tal principio permite concebir a la realidad como devenir. El vínculo entre el principio de caducidad y muerte y el principio de mando y sometimiento o entrega es —tal y como lo dice Nietzsche— que el ser viviente expone la vida, se entrega a sí mismo, a condición de superarse a sí mismo.<sup>13</sup> Tal es el secreto que al solitario caminante de Sils-Marie le confió la vida. El sometimiento de sí está lejos de la negación unilateral del otro. Más bien nombra la virtud de aquel que —como dice Nietzsche— quiere crear por encima de sí mismo y por ello perece.

Superarse a sí mismo eso es lo que la voluntad de poder quiere. Sin duda alguna, esto recuerda aquello que de Hegel nos es caro: la cualidad del espíritu que antes de haber cerrado su movimiento de configuración en el saber, tiene como su más íntima necesidad la “inquietud [que] consiste en superarse

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 45.

<sup>12</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 171.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 170-171.

a sí mismo o en la negatividad”.<sup>14</sup> La idea de superación en Hegel es propicia para explicarnos la idea del sacrificio, ya que el espíritu al comprobar la diferencia entre el saber y la verdad, sabe que ese momento o figura del espíritu tiene que ser superada, es decir, sacrificada. Por ello, dice Hegel: “El saber no se conoce solamente a sí, sino que conoce también lo negativo de sí mismo o su límite. Saber su límite quiere decir sacrificarse”.<sup>15</sup> Sin embargo, en contraposición con Hegel, la superación de sí mismo en Nietzsche no está atravesada por una meta reguladora del proceso (como el espíritu que se sabe a sí mismo o el saber). La diferencia consigo mismo es eterna, y no habría manera de superar la condición propia de lo viviente: el ser es voluntad. Esto es, querer. El apelativo de poder, propio de la voluntad, debe ser entendido, por tanto, como posibilidad de desafiarse a sí mismo, como posibilidad de devenir sobre nosotros mismos y sobre nuestras creaciones. “Sea cual sea lo que yo crea, y el modo como lo ame —afirma Nietzsche— pronto tengo que ser adversario de ello y de mi amor: *así lo quiere mi voluntad*”.<sup>16</sup> Ahí donde hay superación, toda la vida se ha puesto en juego, la vida ha echado los juguetes al mar. Tras todos los sentidos humanos y no humanos se encuentra el poder. Pero el poder es a condición de ser posibilidad.<sup>17</sup> La voluntad, en cuanto voluntad creadora, no quiere la existencia, quiere otra cosa, quiere su posibilidad, por ello es aniquiladora y quebrantadora de lo que es. La voluntad de poder es inexhausta, siempre insatisfecha, siempre en diferencia con el ser, por eso lo avasalla, lo destruye, lo mata. La voluntad de poder es creación y muerte. Es por esta razón que al devenir nietzscheano le sea “inherente —según Heidegger— un perpetuo chocar consigo mismo, esto es el sufrimiento”.<sup>18</sup> Más aún la vida se odia a sí misma cuando ha dejado de ser enigma, posibilidad, regalo para un sacrificio.

### III

Si no entendiéramos la forma que adquieren estas afirmaciones en la vida humana poco o nada contribuirían a la comprensión que el ser humano busca de sí mismo, búsqueda que hace de ciertos seres humanos filósofos y hace de

<sup>14</sup> G. W. F. Hegel, *La fenomenología del espíritu*. México, FCE, 1982, p. 471.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 472.

<sup>16</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 172.

<sup>17</sup> Blanchot en este sentido dice “sólo somos desde y ante las posibilidades que somos [...] la palabra posible se aclara cuando se pone en relación con la palabra poder” (M. Blanchot, *El diálogo inconcluso*. Buenos Aires, Monte Ávila, 1970, p. 85).

<sup>18</sup> Martin Heidegger, “¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?”, en *Conferencias y artículos*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, p. 93.

la propia filosofía una de las actividades que más realizan el oficio de vivir. Cuando Nietzsche desde *El nacimiento de la tragedia* se enfrentó al problema del sufrimiento, cuando tuvo como tarea resolver dicho enigma (pues filósofo es ser, finalmente, un descifrador de enigmas), tuvo como pretensión mostrarnos los laberintos del problema, la ambigüedad de su tejido. Sufrimiento no significa en su totalidad negatividad. La mala conciencia no se reduce al sentimiento de culpa. De la mala conciencia nos dice Nietzsche “no es fácil hacerla oír, y desea ser algo largo tiempo meditada, custodiada”.<sup>19</sup> Para Nietzsche, es del suelo de la mala conciencia, de los instintos vueltos contra sí mismo, de donde surge lo más bajo y lo más alto del hombre, incluso lo más valioso en sentido nietzscheano: la ambigüedad, el enigma, la contradicción. “Desde entonces el hombre cuenta entre las más inesperadas y apasionantes jugadas de suerte que juega el ‘gran Niño’ de Heráclito, llámese Zeus o Azar”.<sup>20</sup> Por eso, sería un absurdo reducir la problemática de la mala conciencia al sentimiento de culpa, pues “ese instinto de la libertad reprimido, retirado, encarcelado en lo interior y que acaba por descargarse tan sólo contra sí mismo: *eso, sólo eso es, en su inicio, la mala conciencia*”.<sup>21</sup> Falta todavía comprender su devenir, sus posibilidades, sus afloraciones, su manifestación más eminente. Nos dice Nietzsche:

Esta secreta autoviolentación, esta crueldad de artista, este placer de darse forma a sí mismo como a una materia dura, resistente y paciente, de marcar en ella a fuego una voluntad, una crítica, una contradicción, un desprecio, un no, este siniestro y horrendamente voluptuoso trabajo de un alma voluntariamente escindida consigo misma que se hace sufrir por el placer de hacer-sufrir, toda esta activa mala conciencia —ya se lo adivina— ha acabado por producir también, cual auténtico seno materno de acontecimientos ideales e imaginarios, una profusión de belleza y de afirmaciones nuevas y sorprendentes y quizá sea ella la que, por primera vez, ha creado la belleza”.<sup>22</sup>

Se trata de una mala conciencia activa, que consciente de la fealdad y del horror, puede crear la belleza.<sup>23</sup>

<sup>19</sup> F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, p. 95.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>23</sup> Los ideales ascéticos, tema que Nietzsche trabaja en el Tratado tercero de la *Genealogía*, son producto de una mala conciencia negativa, constructora también de ideales negativos, porque justamente se construyen desde una negación del cuerpo y de la Tierra.

## IV

*Crear, esa es la gran redención del sufrimiento, así es como se vuelve ligera la vida, creadores.*

*Así habló Zaratustra*

El poder creador-destructor de la vida, Nietzsche lo vuelve a subrayar en el ser humano creador. El creador de valores, de símbolos, de interpretaciones, de imágenes es quien se somete al rigor de la voluntad de poder. El hombre creador es el hombre que sabe aceptar la muerte, que sabe de entrega y de sacrificio, pues está sometido a una ley superior a sí mismo. Está sometido a la voluntad de poder. Por eso en el *Zaratustra* escribe: “Terrible cosa es *hallarse solo* con el juez y el vengador de la propia ley”.<sup>24</sup> Este hallarse solo con aquello que nos lanza, nos subyuga, nos atormenta y, que por lo mismo, nos hace ser, es la más alta voluntad de poder. Este es uno de los sentidos que cabe dar a la siguiente afirmación de Heidegger: “Todo ente es voluntad de poder, que, como voluntad creadora choca, sufre, y de ese modo se quiere a sí misma en el eterno retorno de lo Igual”.<sup>25</sup> En el ser humano creador, como expresión más íntima de la naturaleza, está la auténtica y originaria rigurosidad, disciplina, limitación y deber, con todo su poder conformador y transfigurador.

Esto empieza a explicar lo que se entiende por voluntad fuerte. Ésta es la vida que marcha al unísono de una voluntad única, pues fuera de ella lo que queda es un “espinazo roto [...] una voluntad inestable”.<sup>26</sup> En Nietzsche hay un valor del sufrimiento venido del sometimiento de sí, del sufrimiento que otorga la obediencia. Esa obediencia a algo, a alguien, esa entrega desmesurada, esa fidelidad a las fuerzas, acaba un día por darnos un sentido como seres vivos. De ahí que el sentido de lo humano, y de cualquier ser viviente, provenga de la obediencia:

Lo esencial en el cielo y en la tierra es [...] obedecer durante mucho tiempo y en una única dirección: con esto se obtiene y se ha obtenido siempre, a la larga, algo por lo cual merece la pena vivir en la tierra [...] Tú debes obedecer, a quien sea, y durante largo tiempo: de lo contrario perecerás y perderás la última estima de ti mismo —éste me parece ser el imperativo moral de la naturaleza.<sup>27</sup>

<sup>24</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 102.

<sup>25</sup> M. Heidegger, “¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?”, en *op. cit.*, p. 93.

<sup>26</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 367.

<sup>27</sup> F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, pp. 117-118.



La voluntad de poder como pluralidad de fuerzas invasoras, avasalladoras de la razón y de la conciencia es creadora de formas y de sentidos. Es creadora de nuevas interpretaciones.

No podemos olvidar al creador de valores, al ser humano en que acontece puntualmente el mandar y el obedecer, el crear y el destruir: “Para poder levantar un santuario *hay que derruir un santuario*: ésta es la ley”.<sup>28</sup> Aparece una especie de obediencia a la ley. Pero es una ley que no es norma, es una ley que no puede formularse a manera del imperativo categórico. La ley aparece entonces como la experiencia de fidelidad a las fuerzas. Y esta fidelidad a las fuerzas es dominio de sí, un dominio que rige todo llegar a ser, y en última instancia al deber en sentido nietzscheano, a ése *Tienes que llegar a ser el que eres*. Pero incluso en dicha tarea el artista siguió siendo para Nietzsche el modelo. Pues donde hay una mayor exigencia en el cumplimiento de sí mismo es en el arte, dice Nietzsche:

Todo artista sabe que su estado más natural, esto es, su libertad para ordenar, establecer, disponer, configurar, en los instantes de ‘inspiración’, está muy lejos del sentimiento de dejarse ir y que justo en tales instantes *obedece* de modo muy riguroso y sutil a mil leyes diferentes, las cuales se burlan de toda formulación realizada mediante conceptos.<sup>29</sup>

Es desde esa libertad de artista que Nietzsche entiende el sentido más amplio de libertad. En algún momento de su escritura pregunta “¿qué es la libertad? Tener voluntad de autorresponsabilidad [...] Volverse más indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, incluso a la vida. Estar dispuesto a sacrificar a la propia causa hombres, *incluido uno mismo*. Libertad significa que los instintos viriles [...] dominen a otros instintos [...]”<sup>30</sup> Una vida esencial, una vida que logra expresarse, manifestarse, crear formas, darse forma a sí misma, está sometida y es víctima de su propia ley. La libertad radica en ser víctima y victimario, creador y criatura, yunque y martillo.

## V

Esto nos conduce a otra comprensión de la muerte. La finitud y la muerte en Nietzsche no se encuentran ubicadas en la cesación de la vida o en el momento que se supone tránsito a otra vida: no es una y única muerte la que fragua la vida. Porque la existencia nietzscheana exige una pluralidad de muertes y

<sup>28</sup> F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, p. 108.

<sup>29</sup> F. Nietzsche. *Más allá del bien y del mal*, p. 117.

<sup>30</sup> F. Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, p. 114.

múltiples resurrecciones, y quiere su devenir, quiere prodigarse y “quiere perecer”,<sup>31</sup> la vida es vivida como constante y presente “tránsito y ocaso”.<sup>32</sup>

El reblandecimiento de los instintos, la existencia fundida en el nirvana, es todo lo contrario, a un saber vivir en sentido nietzscheano: al arte de saber reír sobre una brasa resplandeciente. Pues si existe un sentido de felicidad, literalmente el filósofo lo expresa así: “la felicidad del espíritu es ésta: ser ungido y ser consagrado con lágrimas para víctima del sacrificio”.<sup>33</sup> En otro lugar del *Zarathustra* leemos: “Mas para que el creador exista son necesarios sufrimientos y muchas transformaciones.

¡Sí, muchas amargas muertes tiene que haber en nuestra vida, creadores! De ese modo sois defensores y justificadores de todo lo precedero”.<sup>34</sup>

La voluntad de poder no se comprende sin aquella voluntad de ocaso, *Wille zum Untergang*, pues “ahí donde la vida se inmola a sí misma, ahí donde hay ocaso y caer de hojas, se consigue atravesar todos los sepulcros”.<sup>35</sup> Cuando Nietzsche escribe en el *Zarathustra*, Ich muß in der Tiefe zu steigen, yo debo entrar en la profundidad, sabe que su deber no es permanecer ni conservarse, sino cortar la respiración y beber la profundidad marina. Este hombre ha perdido los altares donde aprendió a rezar, se ha redimido de dioses y adoraciones, a condición de convertirse él mismo en altar y en víctima de sacrificio.

Mas es sobre el altar del gozo pleno y sobreabundante que también sabe “que todo placer quiere consuelo de lágrimas sobre los sepulcros”<sup>36</sup> a la vez que sabe que “todo placer quiere eternidad, profunda eternidad”.<sup>37</sup> En el oído de Nietzsche parece todavía existir el eco de un verso de las elegías de Hölderlin en el cual el poeta tras la lamentación por la pérdida de su ‘ángel tutelar’, Diótima, logra finalmente articular “que la alegría dura más que el odio y la ira y que un áureo día es, finalmente, aún, un día cotidiano”.<sup>38</sup> Una alegría memoriosa recorre tanto el alma del filósofo como la del poeta, para uno que puede decir, “merece la pena vivir en la tierra: un solo día, una sola fiesta con Zarathustra me ha enseñado a amar la tierra”,<sup>39</sup> para otro que escribe “un solo día/ habré vivido como los dioses. Y eso basta”.<sup>40</sup>

<sup>31</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, p. 37.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>35</sup> *Idem.*

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 428.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 429.

<sup>38</sup> F. Hölderlin, “Las lamentaciones de Menón por Diótima”, en *Las grandes elegías*. Madrid, Hiperión, 1998, p. 63.

<sup>39</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, p. 422.

<sup>40</sup> F. Hölderlin, “A las parcas”, en *Poesía completa*. Barcelona, Ediciones 29, 1977, p. 107.